



LOS
MASONES

LA SOCIEDAD MÁS PODEROSA DE LA TIERRA

JASPER RIDLEY

En esta interesante y esclarecedora historia de la masonería, Jasper Ridley se remonta a la Edad Media y a las corporaciones de los constructores de las catedrales, quienes, celosos de guardar el secreto de la edificación de tales monumentos, se reunían en logias donde los maestros albañiles (en francés maçon significa albañil) discutían sus métodos de trabajo.



*A mis nietos
Owen, Abigail y Anna*

Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud a todos los que me ayudaron durante la redacción de este libro.

Su majestad la reina tuvo la gentileza de permitirme citar una carta de la reina Victoria que se encuentra en los Archivos Reales de Windsor.

En primer lugar, debo agradecer especialmente al bibliotecario y al personal de la Biblioteca y Museo de la Francmasonería del Freemasons' Hall de Londres. A pesar de no ser masón, me permitieron trabajar en su biblioteca sesenta y tres días, y me beneficiaron con su conocimiento de expertos y su eficaz atención sin, por supuesto, realizar ningún intento de influir sobre las opiniones respecto de la masonería que yo expresaría en mi libro. Les doy las gracias, lo mismo que a todos mis amigos masones, por la manera en que me alentaron, en mi carácter de no masón, a escribir un libro objetivo sobre el tema.

Agradezco a Hugh Barnes-Yallowley, al doctor Charles W. Hollenbach y a James Young por leer el original y darme sus opiniones al respecto; a Lieselotte Clark, Marlies Evans, Antonia Fraser, Anita Garibaldi, John Hamill, Emina Kurtagic, Branko Markic, Ljubica Simic, al doctor Michael Smith y al *Signor* Salvatore Spinello por ayudarme en la investigación y por la información que me facilitaron; a Sarah Christensen, Wendy Hawke, el comandante Michael Higham (ex Gran Secretario de la Gran Logia Unida de Inglaterra), Charles Hodgson, Duska Jovanovic, Branka Kolic, Ruth O'Brien, Robert Pynsent, Ingrid Price-Gschlössl, mi hija Barbara Ridley, Denise Sells, Jasna Srdar, Derek Stu-

key, George H. Vincent, S.F.N. Waley, Anthony West (miembro del Directorio de Propósitos Generales de la Gran Logia Unida de Inglaterra) y Sharon Willett de *Press Ahead* por sus varias contribuciones; al bibliotecario y personal de Canning House; al Templo Interno; al Istituto Italiano Di Cultura de Londres, a la Biblioteca del condado de Kent de Tunbridge Wells (cuya reciente decisión de mantenerse abierta al público los sábados y domingos me hizo posible terminar este libro a tiempo); a la Biblioteca de Londres, y a las Bibliotecas de la Universidad de California con sede en San Diego y en Berkeley, California; a mi editor, Benjamin Glazebrook, y al personal de Constable y a mis agentes de Curtis Brown de Londres; al personal de la Compañía de Carpinteros de Londres; a mi esposa, Vera, por leer el original y darme sus opiniones al respecto y por su ayuda en la compilación de la bibliografía; y a John, nuestro hijo, y a Henry Hely-Hutchinson por corregir las pruebas; y a la señora Helen Baz por confeccionar el índice analítico.

El rector y Concejo de Graduados y Alumnos del Churchill College de la Universidad de Cambridge tuvieron la gentileza de permitirme utilizar información de los Archivos Churchill de la institución.

El secretario de la Logia Ars Quatuor Coronatorum tuvo la gentileza de permitirme citar varios pasajes de sus publicaciones AQC y de *The Genesis of Freemasonry* (Los orígenes de la francmasonería) y *Early Masonic Pamphlets* (Primeros folletos masónicos) de Knoop y Jones.

Se me ha autorizado gentilmente a citar un pasaje de *Wellington at War* (Wellington en guerra), editado por Brett-James.

Jasper Ridley
Tunbridge Wells,
13 de agosto de 1999

Nota del traductor

El traductor desea agradecer a la Gran Logia de la Argentina de Libres y Aceptados Masones por su desinteresada colaboración en algunos aspectos relativos a la traducción.

Introducción

En la Gran Bretaña de 1999 los francmasones están una vez más en la picota. Se los acusa de ser una sociedad secreta de hombres que realizan los juramentos más solemnes, bajo pena de horribles castigos, para defender sus propios intereses contra los de los «cowans» (no masones), que se reconocen entre sí mediante señales secretas, y que luego se prodigan favores mutuamente, aunque éstos impliquen entrar en conflicto con sus cargos públicos. Por lo tanto, se considera impropio que los francmasones ocupen puestos de autoridad, en particular en la policía o en el poder judicial. Los oficiales de policía ayudan a escapar a los delincuentes masones. Cuando los jueces están en la corte, el prisionero, desde el banquillo del acusado, o un testigo, desde su asiento, harán una señal secreta al juez, quien, al reconocerlos como masones, fallará en su favor, porque para él el juramento masónico es más importante que su deber público como juez.

Los masones, por su parte, niegan estar obligados por sus juramentos a ayudar a toda costa a sus hermanos masónicos. Sostienen que el juramento de ayudar a un hermano está sujeto a la obligación superior de obedecer la ley y que jamás se debe ayudar a un hermano a violarla.

¿Cuál de estas posturas es correcta? Si examinamos la historia de los francmasones en los últimos trescientos años, queda bastante claro que son los masones quienes tienen razón, y que los temores de que constituyan una sociedad cuyos miembros se ayudarían mutuamente a violar la ley son infundados. A lo largo de doscientos cin-

cuenta años de guerras, revoluciones y levantamientos políticos, y salvo en alguna que otra circunstancia especial, los juramentos y las obligaciones masónicas de ayudarse entre hermanos no ejercieron influencia alguna cuando entraron en conflicto con la fidelidad a una nación, los intereses de clase, el fervor ideológico o las ambiciones personales.

Los antimasones, y quienes los apoyan en los medios de comunicación, piden que se obligue a la masonería a revelar los nombres de sus miembros. De no ser por el entusiasmo reformista de algunos parlamentarios de antaño, eso habría sido innecesario, ya que, en 1799, y en virtud de la Ley de Sociedades Ilegales, se obligaba a los francmasones a dar sus nombres a los jueces de paz. Y ellos obedecieron religiosamente este requerimiento hasta que fue abolido por la Ley Penal de 1967, en un momento en que se desechó un gran número de Leyes Parlamentarias obsoletas a través de las Actas de Revisión de Leyes Estatutarias. Como la Ley de Sociedades Ilegales de 1799 había sido concebida sobre todo con la intención de suprimir las organizaciones radicales y los sindicatos, los parlamentarios la abolieron sin detenerse a reflexionar sobre las consecuencias. Ahora pretenden volver a imponer algunas de sus cláusulas. En realidad, los francmasones no se oponen a ello –nunca tuvieron problemas para cumplir con la Ley hasta 1967–, pero sí objetan que se los considere de manera diferente de la de un club de golf o cualquier otra organización similar.

El temor que sienten los antimasones –la idea de que no se puede confiar en que un oficial de policía o un juez francmasones cumplan con sus obligaciones debido a que darán prioridad a sus juramentos masónicos–, está basado en una extraordinaria ingenuidad de la que con frecuencia son culpables tanto ellos mismos como los masones. Ambas partes admiten que, si bien hay buenos masones que realizan elogiabiles obras de caridad, también

hay manzanas podridas en la canasta masónica, y que su verdadera preocupación son las actividades de los malos francmasones. Un hombre que está dispuesto a ponerse un traje vistoso y prestar un juramento que sabe que es raro, horrendo y anticuado, porque cree que eso le ayudará en su profesión, no cumpliría ese juramento si creyera que –en caso de hacerlo, y si se lo atrapara y descubriera–, su carrera corre peligro. Este hecho ha sido demostrado repetidas veces en la historia de la francmasonería en Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y en todos los países del mundo.

I

Los masones

Los masones eran distintos. En la Edad Media, desde el siglo XIII al XV, en Inglaterra, Francia y Europa central, existía la sensación generalizada de que los masones eran distintos del resto de la gente. La mayoría de la población estaba compuesta por siervos, que trabajaban las tierras de sus señores feudales y nunca viajaban más allá de su villa natal, salvo cuando tomaban el camino real rumbo al mercado de la ciudad más próxima. Pero algunos de ellos, los más emprendedores, recorrían distancias mucho más largas, fuese cuando acudían en peregrinación a la tumba de santo Tomás Becket, en Canterbury, al altar de Nuestra Señora de Walsingham, en Norfolk, o, en ocasiones, cuando se dirigían a Francia para servir al rey inglés en sus guerras contra los franceses. En los pueblos, los artesanos hacían cosas, que los comerciantes compraban y vendían. Los tejedores hacían paños, los orfebres, anillos y joyas, y los carpinteros construían casas de madera para los habitantes locales o para el concejo del pueblo. Pero los masones eran distintos. Trabajaban la piedra, y eran muy pocos los edificios hechos de piedra. Sólo los castillos del rey, y de aquellos nobles a quienes éste había dado permiso de «castillar», es decir, de erigir castillos, eran de piedra, así como las catedrales, abadías y parroquias. Entonces, los únicos empleadores de los masones eran el rey, algunos de sus nobles, y la Iglesia, aunque, en ocasiones, también se construía con piedra un puente importante.

El Puente de Londres, que hasta el siglo XVIII fue el único puente sobre el Támesis al sur de Kingston, había sido construido originalmente de madera; pero después de su destrucción, en 1176, se decidió reconstruirlo con piedra. Había una canción popular al respecto:

*El Puente de Londres está cayendo.
¿Cómo habremos de reconstruirlo?
Construidlo con plata y oro,
bailando sobre la dama de la pradera;
el oro y la plata se han de robar,
junto con una bella dama.
Construidlo con hierro y acero,
bailando sobre la dama de la pradera;
el hierro y acero se curvarán e inclinarán,
junto con una bella dama.
Construidlo con madera y barro,
bailando sobre la dama de la pradera;
la madera y el barro serán arrastrados,
junto con una bella dama.
Construidlo con una piedra tan fuerte,
bailando sobre la dama de la pradera;
pues así durará varios siglos
junto con una bella dama.*

De hecho, duró varios siglos. Terminaron de construirlo en 1209, y se mantuvo en pie 623 años. Cuando fue demolido, en 1832, no se debió a ningún fallo en la estructura, sino a que los pilares de piedra que lo sostenían estaban demasiado cerca unos de los otros y no permitían el paso de los barcos del siglo XIX, que eran más grandes.

¿Y quién era la «bella dama», la «dama de la pradera» sobre la que bailaba la gente cuando cruzaba el puente o entraba en las casas erigidas a ambos lados de la estructura? Todos conocían la historia. Se trataba de una joven virgen que los masones habían encerrado y emparedado viva en una de las columnas de piedra del puente, como un

sacrificio humano para aplacar la ira de Dios e inducirlo a que protegiera el puente contra tormentas o inundaciones. Ésta es una de las tantas mentiras sobre los masones que la gente ha divulgado y creído durante más de ochocientos años, desde 1176 a 1999.

Los masones recorrían todo el país construyendo catedrales en los pueblos de los condados, castillos en puntos estratégicos y abadías, a veces en las ciudades cercanas y a veces en los páramos de Yorkshire y en otros lugares recónditos del país.

La erección de las catedrales proporcionaba bastantes oportunidades de trabajo a los masones. En Francia, entre 1050 y 1350, se construyeron ochenta catedrales, quinientas iglesias grandes y muchas más parroquias^[1]. En Inglaterra, las construcciones de las catedrales tardaban, con frecuencia, más de cien años. La obra requería mucha mano de obra, tanto calificada como no calificada. Se necesitaban trabajadores inexpertos que despejaran los escombros para construir los cimientos, y que cargaran las piedras y el mortero hasta el sitio de la obra. Las reglamentaciones francesas de 1268 para la construcción de catedrales, que se redactaron después de consultar a los gremios de artesanos, establecían que «los masones, fabricantes de morteros y yeseros pueden tener tantos asistentes y criados como les plazca, siempre que no les enseñen nada de su oficio». Tres masones podían tener cinco asistentes trabajando para ellos^[2].

Muchos siervos aprovechaban la oportunidad de escaparse de las tierras donde se veían obligados a trabajar para sus amos y se dirigían a una ciudad donde se estaba construyendo una catedral, sabiendo que si hasta un año y un día después su amo no volvía a capturarlos, estarían libres de la servidumbre. Algunos caballeros y nobles se ofrecían como voluntarios para realizar el trabajo no calificado como obra de piedad. En ciertos sitios, los Sábados

Santos se obligaba a los judíos a realizar ese trabajo como penitencia^[3].

Los masones eran trabajadores cualificados. Había dos clases de masones: los «picapedreros» o «masones rústicos», que plantaban la piedra dura común proveniente de Kent y otras partes sobre la que se construía la iglesia, y los masones más diestros, que tallaban las elegantes fachadas del frente de la catedral. Trabajaban una piedra más blanda, terrosa, que se hallaba en muchos sitios de Inglaterra entre Dorset y Yorkshire, así como en otros países de Europa. Esta piedra más blanda era conocida como «piedra libre o franca», y los masones expertos en trabajarla pasaron a denominarse «masones de piedra franca», que muchas veces se abreviaba como «francmasones^[4]».

Cerca del sitio en el que trabajaban, erigían una choza a la que llamaban su *lodge* ^[5] o «posada», en la que guardaban sus herramientas y comían, en el intervalo que se les asignaba para ello durante el día. Pero no dormían allí. Rentaban habitaciones en una hostería o en otros alojamientos de la ciudad y, por lo general, permanecían en ellas durante varios años^[6].

Aunque se trasladaban a su lugar de trabajo desde todas las regiones de la nación, los francmasones no eran una muchedumbre de vagabundos desempleados que iban de un lado a otro en busca de empleo. Eran famosos por su destreza, y quienes los convocaban eran los obispos o deanes de los distritos en los que se estaba llevando a cabo la construcción de la catedral. A veces, estaban trabajando en una construcción y recibían, desde otras partes de Inglaterra, o desde Francia o Alemania, ofertas que los tentaban a dejar esa tarea para ir, a cambio de recompensas más cuantiosas, a trabajar en otra catedral. Los obispos y deanes que los empleaban trataron de evitar esto incluyendo en el contrato una cláusula que impedía a los francmasones abandonar la obra para buscar empleo en ningún otro lado hasta que ésta estuviera terminada;

pero, con frecuencia, los francmasones se negaban a aceptar esa condición.

Cuando el rey estaba edificando un castillo o alguna fortificación esencial, utilizaba sus poderes de requisita a fin de forzar a los masones a trabajar para él. En la década de 1540, Enrique VIII construyó fortificaciones en la costa de Kent a fin de protegerse de una posible invasión francesa. Masones de lugares tan distantes como Somerset y Gloucestershire fueron obligados a presentarse y trabajar allí, y se forzó a otros masones de Gloucestershire, Wiltshire y Worcestershire a ayudar a erigir el nuevo y magnífico palacio de Enrique en Nonesuch, cerca de Esher, Surrey. A veces, masones que estaban en Kent recibían la orden de ir a Berwick para trabajar en fortificaciones contra los escoceses, y se les enviaban doce chelines y ocho peniques (63 peniques) para cubrir los gastos del viaje de 490 kilómetros desde Maidstone. Otras veces, como las autoridades no confiaban en que los masones se presentaran a trabajar según se les había ordenado, los arrestaban y llevaban por la fuerza al destino fijado. El cardenal Wolsey adoptó este método para construir su Cardinal College de Oxford, al que, después de su caída, se dio el nombre de Iglesia de Cristo^[7].

Pero por lo general el reclutamiento de masones y otros trabajadores no era llevado a cabo directamente por el rey o el gobierno, sino por una corporación, o gremio del oficio, a la que el rey había otorgado una Carta o licencia, e instrucciones para regular la actividad. El gremio estaba compuesto por los principales empleadores del ramo, pero a veces era directamente controlado por un funcionario real. En el caso de los masones, estaban bajo el control de la Masons' Livery Company de Londres, que ya existía, casi con certeza, en 1220^[8]. Había gremios de masones en Chester, Durham, Newcastle y Richmond, en Yorkshire^[9].